

## Desde una habitación romana

*Pablo IV, antes conocido como Juan Pedro Carafa, comienza el día despachando con sus secretarios. Ahora que Carlos V ha abdicado en España, su sucesor, el joven rey Felipe, está dándole quebraderos de cabeza. Empieza a dudar sobre la oportunidad de su enfrentamiento con los monarcas españoles, que no le está dando más que disgustos. Un ayuda de cámara se acerca presuroso. «Un padre de la Compañía de Jesús solicita audiencia». Se vuelve, molesto. Tiene dada orden de que nadie le interrumpa mientras atiende las cuestiones de Estado. La intromisión indica que ha de tratarse de algo urgente. «Hazlo pasar». El tono seco y cortante indica claramente que ya puede ser un asunto que no admita demora si el ayudante no quiere enfrentarse a uno de los estallidos de cólera del Pontífice.*

*El rostro del recién llegado le resulta familiar, aunque no es capaz de decir de qué lo conoce. Viste de negro, como todos los miembros de su orden, y al llegar a la altura del Papa se inclina y le besa la mano. «Santidad, el Padre Ignacio se muere. Y el Padre Láinez también está grave. Vengo a solicitar su bendición para ellos». La serenidad de la petición no oculta el ligero timbre de urgencia.*

*Ignacio de Loyola. Ese hombre. Sus caminos se han cruzado durante veinte años. Le embarga una doble sensación, de reconocimiento y de incomodidad. El mismo que se atrevió a desafiarle en Venecia. El mismo con el que ha coincidido en esta ciudad durante tantos años... Se han cuidado mucho de no interferir el uno con el otro. Algún roce menor en tiempos de sus predecesores, pero siempre con guante blanco. Y en estos meses de su Pontificado, un trato respetuoso, y hasta cordial. El Papa Carafa sabe reconocer a un hombre de talla, y en el de Loyola ha visto a uno. En cierto modo, rival y aliado. Ambos han trabajado por la reforma de esta Iglesia que, al fin, parece estar cambiando. No comparte algunas de las extravagancias de esa Compañía de Jesús, como es el no tener coro, pero, por otra parte, han contribuido bastante al saneamiento de la vida romana... Es cierto que le incomoda el propio Ignacio. Esa forma suya de hablar...*

*Le saca de sus cavilaciones un carraspeo insistente. Ahora ha reconocido al hombre que le sigue mirando con ojos apremiantes. Es el secretario del vasco. Otro español más. Alguna vez se han visto las caras, pero no tiene con él una relación tan fluida como la que le une a Bobadilla, o al propio Latérez, que según le dicen también está enfermo.*

*«¿Hay esperanza?». La pregunta es directa. «Poca». La respuesta lacónica está cargada de tristeza. Entonces da unas palabras de aliento, y envía al secretario de vuelta a la casa. «Hágales saber que mis oraciones y mi bendición están con ellos». El*

*hombre se despide apresurado. El Pontífice camina hacia una ventana y mira a lo lejos, sobre los tejados de esta Roma que despierta. La ciudad se prepara para otro día de calor.*

31 de julio de 1556. Tras quince años de generalato, Ignacio agoniza. Se apaga su luz, en el cuarto de la casa de Santa María della Strada. Agotado. Gastado por la actividad frenética desplegada en este tiempo. La Compañía de Jesús es ya una orden religiosa extendida por todo el mundo, con miles de miembros en formación. Su labor es reconocida en todo el orbe católico, y sus hombres se despliegan por toda suerte de campos y labores. Quince años que ha pasado Ignacio tejiendo, desde su camareta, una red apostólica única en el mundo. Quince años de un peregrinaje sin camino, especialmente duro para él que siempre anheló continuar su marcha.



## Echando a andar

Ignacio desplegará su actividad al frente de los jesuitas desde las habitaciones pequeñas que ocupa en la nueva casa de la Compañía en Roma. Un edificio vecino a la iglesia de Santa María della Strada, que ha quedado encargada a la Compañía. En el futuro la monumental

Iglesia del Gesú reemplazará el pequeño templo, y un inmenso caserón albergará durante siglos la casa madre de la orden. Pero ahora es un edificio pequeño, y es este el espacio, sencillo y sobrio, desde el que comienza su labor.

¿Por dónde empezar? Hay tanto por hacer... Ya ha comenzado, junto con Coduri, la redacción de reglas y normas que han de desembocar en unas constituciones. Pero sabe que eso no puede hacerse a la ligera. Han de tomar tiempo y ver cómo van desarrollándose las cosas. Rescata ahora sus años de formación cortesana, su aprendizaje en la contaduría de Velázquez de Cuéllar, las lecciones que le recuerdan que lo escrito ha de pensarse con cuidado, y la ley debe ser precisa en el fondo y la forma. Es meticuloso y no quiere dejar cabos sueltos. No pueden saber de antemano cómo organizarlo todo. La misma experiencia tendrá que ir mostrándoles el camino. Es tan consciente de que Dios le ha guiado por vericuetos inesperados, que ahora siente una mezcla de confianza e incertidumbre. Se repite una y otra vez esa máxima que al tiempo le exige y le libera: obrar como si todo dependiese de sí mismo, sabiendo que al final todo depende de Dios. Luchar hasta el extremo, para después dejarlo todo en las manos divinas.

Esta Compañía naciente es como un bebé que empezase a crecer rápido, y a multiplicar sus necesidades. Ignacio percibe todo esto. Cuenta con el apoyo incondicional y poderoso de Pablo III, y eso es una gran ventaja. También tiene en la curia serios valedores, y si bien hay detractores que no están demasiado satisfechos con el empuje de estos recién llegados, su oposición no

es, por el momento, un obstáculo que impida avanzar. El panorama es exigente. Las demandas de compañeros son cada vez mayores. En Italia, y fuera de ella. También son muchos los que solicitan incorporarse a su Compañía. Pero hace falta un proceso para que puedan convertirse en hombres de temple. No se les puede mandar a ninguna misión sin que antes se hayan empapado en la mística que compartieran los primeros compañeros, enraizada en la experiencia manresana de Ignacio. Algunos de los solicitantes son ya doctores, maestros, sacerdotes, hombres formados. Otros son muchachos que apenas han abandonado sus hogares. Las necesidades de todos son diferentes, pero al tiempo han de pasar por algunas experiencias comunes. ¿Cómo forjarles, para hacer de ellos apóstoles preparados para una vida entregada al servicio de los prójimos, compartiendo esa idea de Ignacio? Deben hacer los ejercicios espirituales. También, como hicieran los primeros compañeros en aquel invierno veneciano, el contacto real con la miseria, en los hospitales, ha de ser para ellos forja y escuela.

El 29 de agosto de 1541, cuando sólo están en el comienzo de su empeño, muere Coduri. Ese fallecimiento inesperado deja a Ignacio solo ante la tarea de redactar las constituciones. No puede sacar a ninguno de los compañeros de sus misiones, pues precisamente ahora está todo arrancando. También la labor apostólica en la misma Roma, primera misión encomendada por el Papa, es cada vez más absorbente. Y además algunos se están preparando para nuevos proyectos. En la mente de Ignacio está la petición de Pablo III de enviar

a algunos de ellos a Irlanda, para reavivar la presencia católica, amenazada por las exigencias de Enrique VIII. Enviará a Broet y Salmerón con meditaciones sobre la forma de actuar, aunque la misión resultará un fracaso.

Va apoyándose en los nuevos miembros, que empiezan a asumir responsabilidades. Hombres que, incluso antes de la aprobación oficial de la Compañía, han ido uniéndose a ellos. Como Estrada, Olave, Viola, Oviedo, o su propio sobrino Araoz, que, llegado de España para tratar de devolverlo allá, queda cautivado por el proyecto de su tío y se une a él. Diego de Eguía, ya ingresado en la Compañía, se convertirá en su confesor. El benjamín de la creciente comunidad es Pedro de Ribadeneira, un toledano que sólo tiene 13 años cuando en 1540 huye del séquito del cardenal Farnese, con el que había llegado a Roma, y se refugia en la comunidad de Santa María della Strada. Se convierte en un soplo de aire fresco y vital en medio de la severidad y de la incesante actividad de los compañeros. A Ignacio le hace sonreír este muchacho descarado que, sin ningún reparo, se burla de sus meteduras de pata con la gramática italiana. Un poco de familiaridad donde todos le tratan con reverencia es para él como una brisa refrescante.

Nuevos rostros. Nuevas incorporaciones. Hay que prepararlos bien. Sobre todo ahora, al principio, cuando no hay otros formadores, otras figuras que hayan bebido en las mismas fuentes de esa espiritualidad que inunda el proyecto. El propio Ignacio será, en buena medida, el forjador de estas primeras generaciones en Roma,

mientras los primeros compañeros hacen lo propio allá donde se van estableciendo.

Se multiplica. Está desbordado, pero encuentra el tiempo para todo. Para una vida interior intensa, una oración constante y la celebración diaria de la Eucaristía que se convierte en su norte. Un encuentro con Dios que ha de iluminar sus búsquedas. Para avanzar en la redacción de instrucciones, normas y constituciones. Para formar a los nuevos compañeros que se van uniendo, hasta tal punto que en muy pocos años necesitarán una casa independiente para ellos en la ciudad. Con profunda intuición les escucha, encuentra lo que más conviene para cada uno, les exige... al doctor lo pone a limpiar cocinas, al maestro a barrer, al inseguro le alienta, al débil le va ayudando a descubrir una fortaleza mayor. Al enfermo lo cuida y al sano lo prueba. Al que ve capaz le anima a unirse a ellos, y deja después que sea el encuentro con Dios en los ejercicios el que confirme esa decisión si es su voluntad.

Escribe sin cesar. Ya desde los tiempos de París y Venecia se conservan esquelas, mensajes, cartas de Ignacio a los suyos. Pero el volumen de su correspondencia ahora se multiplica. Continúa manteniendo el contacto con los suyos. Muerto su hermano Martín, dos años antes, escribe ahora a su sobrino Beltrán, o a su hermana Magdalena. También mantiene el contacto con las gentes de Azpeitia, donde tal huella dejara. Y con los amigos de Barcelona, como Isabel Rosel, que, demasiado apegada a su maestro y habiendo enviado recientemente, cada vez exige más atención de él. No descuida a las personas a quienes acompaña y

aconseja espiritualmente desde la distancia. También, con motivo de la fundación de colegios y el envío de nuevos compañeros empieza a cartearse con príncipes y figuras destacadas del panorama europeo: el rey Juan III de Portugal, don Fernando de Austria, rey de romanos, el príncipe Felipe de España —futuro Felipe II— o Ascanio Colona. El virrey de Cataluña Francisco de Borja, impresionado al conocer a Fabro y Araoz, se pone en contacto con Ignacio. Comienza una correspondencia frecuente entre ambos, que continuará cuando el virrey vuelva a su ducado de Gandía.

Los propios compañeros, urgidos para ello por Ignacio, descubrirán que la mejor forma de mantener la unidad, ahora que están dispersos, es mandándose largas misivas, contándose lo que hacen unos y otros, compartiendo sus experiencias, sus sabores y sinsabores. Las cartas que llegan desde la India, escritas por un Francisco Javier apasionado, recorren las cortes y las universidades, impulsando a innumerables jóvenes a unirse a la Compañía. El propio Ignacio les insiste en la utilidad de esas crónicas con las que comparten actividad y los corazones se mantienen unidos. Hasta formaliza esa correspondencia periódica, pese a la resistencia de alguno, como Bobadilla, que define el intercambio epistolar como una pérdida de tiempo. Establece que al menos cada cuatro meses todos hagan llegar sus narraciones a este corazón de la Compañía en Roma, este nudo que se va convirtiendo en lugar de tránsito, de encuentro, de vínculo entre tantas idas y venidas.

La labor de los compañeros va generando una enorme fecundidad apostólica. En Castilla, en Portugal,

en Italia, en toda Europa. Cada vez más lejos. Pero sin postergar lo más cercano. La misma Roma es campo de actividad incesante. También aquí Ignacio es el primero en lanzarse a un apostolado directo e ingente. Confiesa, mantiene su voto de educar a los niños, y no es raro verlo en alguna plazuela impartiendo lecciones de catecismo con su pobre italiano.

Junto a esa labor precisa y concreta, no descuida las grandes reformas. Aprovecha su buena relación con el Papa para obtener de él ayuda para tareas que le parecen imprescindibles en la evangelización de Roma: atención a los judíos, con la creación de dos hospicios para conversos; apoyo a los hijos de los huérfanos, una iniciativa en la que secunda la tarea iniciada por Juan Pedro Carafa, el cardenal teatino —y es que las dificultades personales no están reñidas con el celo por los más débiles—; o el cuidado de los arruinados, gente que ha llegado a la pobreza porque la vida les ha dado un vuelco; para ellos conseguirá la creación de la Archicofradía de los pobres vergonzosos.

Pero, si hay una de estas obras que resulta especialmente suya, pues él la inició, la promovió y consiguió mover viento y marea para sacarla adelante, será la atención a las prostitutas. Hay muchas en Roma en este tiempo, ya sean muchachas que se arrastran por los arrabales; o cortesanas nobles que se pasean por las cortes. No es sorprendente que esto sea motivo de escándalo para muchos que, viendo los hábitos perniciosos de la Ciudad Eterna, la creen un antro de perdición. Ignacio comprende el drama que está detrás de esta historia. Conocedor de las personas, sabe que muchas de estas

aconseja espiritualmente desde la distancia. También, con motivo de la fundación de colegios y el envío de nuevos compañeros empieza a cartearse con príncipes y figuras destacadas del panorama europeo: el rey Juan III de Portugal, don Fernando de Austria, rey de romanos, el príncipe Felipe de España –futuro Felipe II– o Ascanio Colona. El virrey de Cataluña Francisco de Borja, impresionado al conocer a Fabro y Araoz, se pone en contacto con Ignacio. Comienza una correspondencia frecuente entre ambos, que continuará cuando el virrey vuelva a su ducado de Gandía.

Los propios compañeros, urgidos para ello por Ignacio, descubrirán que la mejor forma de mantener la unidad, ahora que están dispersos, es mandándose largas misivas, contándose lo que hacen unos y otros, compartiendo sus experiencias, sus sabores y sinsabores. Las cartas que llegan desde la India, escritas por un Francisco Javier apasionado, recorren las cortes y las universidades, impulsando a innumerables jóvenes a unirse a la Compañía. El propio Ignacio les insiste en la utilidad de esas crónicas con las que comparten actividad y los corazones se mantienen unidos. Hasta formaliza esa correspondencia periódica, pese a la resistencia de alguno, como Bobadilla, que define el intercambio epistolar como una pérdida de tiempo. Establece que al menos cada cuatro meses todos hagan llegar sus narraciones a este corazón de la Compañía en Roma, este nudo que se va convirtiendo en lugar de tránsito, de encuentro, de vínculo entre tantas idas y venidas.

La labor de los compañeros va generando una enorme fecundidad apostólica. En Castilla, en Portugal,

en Italia, en toda Europa. Cada vez más lejos. Pero sin postergar lo más cercano. La misma Roma es campo de actividad incesante. También aquí Ignacio es el primero en lanzarse a un apostolado directo e ingente. Confiesa, mantiene su voto de educar a los niños, y no es raro verlo en alguna plazuela impartiendo lecciones de catecismo con su pobre italiano.

Junto a esa labor precisa y concreta, no descuida las grandes reformas. Aprovecha su buena relación con el Papa para obtener de él ayuda para tareas que le parecen imprescindibles en la evangelización de Roma: atención a los judíos, con la creación de dos hospicios para conversos; apoyo a los hijos de los huérfanos, una iniciativa en la que secunda la tarea iniciada por Juan Pedro Carafa, el cardenal teatino –y es que las dificultades personales no están reñidas con el celo por los más débiles–; o el cuidado de los arruinados, gente que ha llegado a la pobreza porque la vida les ha dado un vuelco; para ellos conseguirá la creación de la Archicofradía de los pobres vergonzosos.

Pero, si hay una de estas obras que resulta especialmente suya, pues él la inició, la promovió y consiguió mover viento y marea para sacarla adelante, será la atención a las prostitutas. Hay muchas en Roma en este tiempo, ya sean muchachas que se arrastran por los arrabales; o cortesanas nobles que se pasean por las cortes. No es sorprendente que esto sea motivo de escándalo para muchos que, viendo los hábitos perniciosos de la Ciudad Eterna, la creen un antro de perdición. Ignacio comprende el drama que está detrás de esta historia. Conocedor de las personas, sabe que muchas de estas

mujeres se ven abocadas a esa vida ante la falta de otras opciones. Y por eso promueve la fundación de una institución, la casa de Santa Marta, donde poder acogerlas, formarlas y tratar de favorecer el que rehagan su vida por otros caminos. Aunque cuenta con el apoyo del Papa, que en febrero de 1543 publica una bula bendiciendo la obra, y con muchas voces de apoyo que secundan con entusiasmo la iniciativa, no encuentra financiación. Y de buenas palabras no se levantan paredes. Así que toma, una vez más, la iniciativa. Han descubierto, enterrados en Santa María della Strada, unos mármoles que piensan vender para ir cubriendo los gastos ingentes de esta creciente Compañía. Ignacio da orden al administrador de la casa de que se vendan, pero se destine el ingreso a la casa de Santa Marta. ¿Cómo se quedaría el pobre ecónomo, tratando de hacer equilibrios con unas finanzas mínimas, al verse privado de un ingreso tan esperado? Pero así funciona Ignacio. Tiene claras las prioridades. Para él la Compañía ha surgido en la pobreza, y no ha de perder su fe en la ayuda de la Providencia. Consecuencia imprevista de esta actividad es la enemistad de algunos grandes señores romanos, privados de sus queridas que se acogen a la posibilidad ofrecida por Ignacio. El evangelio termina generando conflictos. Pero Ignacio no se arredra. Es más, completará la iniciativa creando un nuevo hogar para ofrecer una alternativa a las muchachas jóvenes que, viviendo en los burdeles como protegidas de alguna cortesana mayor, y generalmente sin tener otro horizonte en la ciudad, aún no se han iniciado en la prostitución, pero están abocadas a ello. Es la Compañía para las Vírgenes

Miserables de Santa Catalina de la Rosa. El nombre, sonoro y barroco, no nos debe distraer de la increíble humanidad del proyecto.

¡Qué imagen la de este Ignacio romano! General y apóstol. Formador y jefe. Legislador y acompañante espiritual. Hombre de oración profunda y de acción transformadora. ¿Cómo le daba el día de sí? ¿Cómo era capaz de no volverse loco en esa catarata de actividades, palabras, plegarias, tareas pendientes y tareas acometidas? ¿Es un apóstol infatigable? ¿Un activista imprudente?

A veces, el ver a algunas personas nos ha de hacer pensar. ¿Qué podemos aprender de ellos? No creo que la lección que debemos extraer de esta frenética vida romana sea que tenemos que «hacerlo todo». Pese a que Ignacio hiciera tanto. En realidad hay mucho que tiene que ver con la personalidad, el propio carisma, el carácter y los talentos que Dios pone en uno. No hay duda de que la pasión por ayudar al prójimo, por comunicar a Dios, que abraza a Ignacio, es un don, un aliciente y una responsabilidad. Un talento, en definitiva, que ha de multiplicarse, porque lo que uno ha recibido es para ponerlo a rendir.

Pero, en ese sentido, Ignacio es único. Como cada uno de nosotros. Irrepetibles. Distintos. Necesitados de encontrar nuestro propio horizonte y nuestros particulares talentos. Dentro de nuestros límites. Porque sí, no somos omnipotentes, ni infinitos, ni absurdamente perfectos, sino frágiles, maniáticos a veces, con nuestras resistencias y nuestras capacidades. Pero la posibilidad

mujeres se ven abocadas a esa vida ante la falta de otras opciones. Y por eso promueve la fundación de una institución, la casa de Santa Marta, donde poder acogerlas, formarlas y tratar de favorecer el que rehagan su vida por otros caminos. Aunque cuenta con el apoyo del Papa, que en febrero de 1543 publica una bula bendiciendo la obra, y con muchas voces de apoyo que secundan con entusiasmo la iniciativa, no encuentra financiación. Y de buenas palabras no se levantan paredes. Así que toma, una vez más, la iniciativa. Han descubierto, enterrados en Santa María della Strada, unos mármoles que piensan vender para ir cubriendo los gastos ingentes de esta creciente Compañía. Ignacio da orden al administrador de la casa de que se vendan, pero se destine el ingreso a la casa de Santa Marta. ¿Cómo se quedaría el pobre ecónomo, tratando de hacer equilibrios con unas finanzas mínimas, al verse privado de un ingreso tan esperado? Pero así funciona Ignacio. Tiene claras las prioridades. Para él la Compañía ha surgido en la pobreza, y no ha de perder su fe en la ayuda de la Providencia. Consecuencia imprevista de esta actividad es la enemistad de algunos grandes señores romanos, privados de sus queridas que se acogen a la posibilidad ofrecida por Ignacio. El evangelio termina generando conflictos. Pero Ignacio no se arredra. Es más, completará la iniciativa creando un nuevo hogar para ofrecer una alternativa a las muchachas jóvenes que, viviendo en los burdeles como protegidas de alguna cortesana mayor, y generalmente sin tener otro horizonte en la ciudad, aún no se han iniciado en la prostitución, pero están abocadas a ello. Es la Compañía para las Vírgenes

Miserables de Santa Catalina de la Rosa. El nombre, sonoro y barroco, no nos debe distraer de la increíble humanidad del proyecto.

¿Qué imagen la de este Ignacio romano! General y apóstol. Formador y jefe. Legislador y acompañante espiritual. Hombre de oración profunda y de acción transformadora. ¿Cómo le daba el día de sí? ¿Cómo era capaz de no volverse loco en esa catarata de actividades, palabras, plegarias, tareas pendientes y tareas acometidas? ¿Es un apóstol infatigable? ¿Un activista imprudente?

A veces, el ver a algunas personas nos ha de hacer pensar. ¿Qué podemos aprender de ellos? No creo que la lección que debemos extraer de esta frenética vida romana sea que tenemos que «hacerlo todo». Pese a que Ignacio hiciera tanto. En realidad hay mucho que tiene que ver con la personalidad, el propio carisma, el carácter y los talentos que Dios pone en uno. No hay duda de que la pasión por ayudar al prójimo, por comunicar a Dios, que abrasa a Ignacio, es un don, un aliciente y una responsabilidad. Un talento, en definitiva, que ha de multiplicarse, porque lo que uno ha recibido es para ponerlo a rendir.

Pero, en ese sentido, Ignacio es único. Como cada uno de nosotros. Irrepetibles. Distintos. Necesitados de encontrar nuestro propio horizonte y nuestros particulares talentos. Dentro de nuestros límites. Porque sí, no somos omnipotentes, ni infinitos, ni absurdamente perfectos, sino frágiles, maniáticos a veces, con nuestras resistencias y nuestras capacidades. Pero la posibilidad

de mirarnos en algunos espejos, otras personas –como Ignacio– que nos inquietan y nos provocan, es también y sobre todo una oportunidad. Porque en realidad el vivir para otros; el tratar de construir y dejar una huella; el hacer cosas que perduren, todo eso puede ser algo que atrae e ilusiona. Es lo que vislumbramos en ellos, y refleja en realidad una lógica generosa revelada en el evangelio que ellos a su vez descubrieron.

Entonces nos preguntamos cómo hacerlo. Y empieza la misión, paso a paso. Ya sea a través de la propia familia o del contexto en el que uno vive, en su mundo pequeño que mira a la humanidad grande, en el siglo XVI como en el XXI... aspiramos a cambiar algo, aunque sea un poquito. A sanar alguna herida. A decir una palabra que signifique algo para alguien. A construir una historia de amor fecunda. A aliviar un espanto o enjugar una lágrima.

¿A lo mejor es un sueño vano, un idealismo ingenuo, o hasta una ambición inútil y hay que renunciar a ello y, simplemente, vivir...? Pero, ¿no es ese un planteamiento demasiado escéptico, una rendición prematura? Tal vez, sólo tal vez, la clave no está en hacer muchas o pocas cosas, ni siquiera en tener éxito en el intento, en el proyecto, en la huella... sino en amar. Vivir con una pasión que nos empuje a arriesgar, a emprender, a dar todo lo posible, y a veces un poco más. No por voluntarismo. No porque «hay que» hacerlo. No por una obligación impuesta que termina convirtiéndose en arma arrojada contra uno mismo y contra otros. Porque algo te quema dentro, y te dice que es posible. Porque cuando das un paso, luego viene otro, y otro, y

otro más, y con ellos la alegría honda. Porque la vida es para darla, y eso no tiene que ver con cómo morir, sino con cómo vivirla. Buscando. Amando. Creciendo por dentro y construyendo por fuera. Dejándose envolver por un Dios distinto.

¿Por qué Ignacio fue capaz de tanto? Porque estaba muy lleno. Porque era sólo un cauce, un transmisor de un caudal distinto, de un agua fresca que desbordaba en él. Ahí está la clave. Una tensión fecunda entre ese evangelio que seduce y conmueve, y el mundo donde está llamado a seguir encarnándose. También hoy.

### **Años de crecimiento. Entre grandes cambios e historias pequeñas**

Toda esa década que va de 1541 a 1551 es un tiempo de enorme despliegue. Y mientras avanza el tiempo y aumentan las necesidades y los retos, Ignacio –y con él los primeros compañeros– se multiplica en su actividad. Y ello supone un constante navegar entre trazar líneas maestras del futuro de la Compañía, y lidiar con acontecimientos particulares, puntuales, a veces curiosos y otras complicados... Así se van los días, y los años...

Como había previsto, es la vida diaria y el transcurso de los acontecimientos lo que va clarificando algunos de los asuntos pendientes. Una de las cuestiones que más le inquieta es lo relativo a la pobreza de los suyos. Él, que durante años viviera en los caminos, en la desposesión más absoluta, aprendiendo a amar la libertad de quien nada tiene y la confianza en la Providencia, ve

ahora cómo se multiplican los motivos y los argumentos para que los suyos estén asegurados. ¿Cómo cubrir, si no, los gastos de la educación de los jóvenes, que se preparan en colegios y universidades? ¿Cómo atender a los templos, o pagar tantas deudas como se amontonan? Ignacio reza. Pide a Dios luz especialmente sobre esto. Se resiste a aceptar ingresos fijos. «¿Dónde quedaría entonces nuestro abandono en manos de Dios?», parece preguntarse. Necesita que Dios le confirme lo que deben hacer. Le parece claro que pueda haber rentas fijas en los colegios y universidades, para quienes están en formación. Pero, quienes ya están formados, ¿también deben vivir así? No puede ser. «¿No estamos llamados a vivir de lo que nos quieran dar, sin pedir nada a cambio?», se pregunta una y otra vez.

Ignacio suele escribir, en un diario, lo que pasa por él en su oración. A lo largo de años irá acumulando pliegos y pliegos de papel, donde se plasma la hondura, la sutileza en su encuentro con Dios, la altura de sus emociones y su familiaridad con esa divinidad trinitaria. Papeles que hablan de un místico. Sin embargo, al final de su vida los hará desaparecer casi en su totalidad, tal vez por pudor a hacer público lo que en realidad es íntimo. Únicamente salvará los pliegos de esta deliberación sobre la pobreza.

Entre el 2 de febrero y el 12 de marzo de 1544 su oración se centra en este punto. Y aunque parece ver claro que han de mantener una pobreza extrema, su incertidumbre se extenderá hasta 1545, pues sus dudas le llevan a entrar en una etapa interior de bloqueo, de lucha (también lucha con Dios), de zozobra,

exigiéndole una seguridad que se le escapa. Es como si le echase un nuevo pulso a Dios, como en aquellos lejanos tiempos manresanos. Ahora, en medio de su vida intensa y ajetreada, Ignacio parece insistir en la necesidad de que Dios confirme con enormes pruebas interiores lo que parece ver claro. ¿Tal vez sus proyectos han dado tantos vuelcos que ahora se siente incapaz de tener certezas? Durante meses lucha por dentro, mientras por fuera continúa su actividad formidable. Hasta que al fin comprende que Dios le está enseñando, de nuevo, como en aquellos tiempos de Manresa. Le está invitando a acoger, a aceptar, a fiarse y no exigir más confirmaciones de algo que ya está claro dentro de sí, y a aceptar un tipo de presencia y luz distinta...

Es, con toda seguridad, la importancia que da al tema de la pobreza lo que le llevará, ya en el ocaso de su vida, a salvar del fuego este preciso pliego de papeles, dejando constancia de su sentido y su importancia, y permitiendo de paso que se descubra en ellos la dimensión mística de su vida.

Al fin alcanza sobre esta cuestión de la pobreza una certidumbre que dejará plasmada en las constituciones. Los colegios y casas de quienes están en formación pueden tener asignadas rentas para sostener con ellas a los estudiantes. Sin embargo, las casas de los ya formados no podrán disponer de ingresos fijos, y deberán vivir de limosna, sin cobrar por sus trabajos o apostolados. Hoy nos puede sorprender esta decisión. Pero hemos de comprender ese contexto, en el que las donaciones son mucho más frecuentes, y la vinculación de trabajo y sueldo no es algo que tenga el mismo signifi-

cado que tiene hoy para nosotros. De ahí esa insistencia de Ignacio. Si Dios quiere que los suyos vivan y trabajen en su viña, él proveerá de gente dispuesta a sostenerlos con lo necesario.

En abril de 1543 llega una visita a Roma. Cuando avisan a Ignacio este no puede creerlo. Isabel Rosel se ha plantado en la ciudad, con la intención de quedarse. Desde hace tiempo vienen intercambiando cartas en este sentido, Ignacio tratando de frenarla y ella insistiendo en que ahora que es viuda quiere abrazar el mismo tipo de vida de los compañeros. Finalmente la barcelonesa ha hecho caso omiso de los intentos disuasorios del amigo y maestro, y ha desmantelado su casa catalana y está aquí, con todo su ajuar —muy considerable— y alguna dama de compañía, dispuesta a permanecer. Ello da pie a un episodio que complicará bastante la vida de Ignacio. En esa sociedad, un tipo de estructura de vida religiosa como la que él está pergeñando no tiene sitio para las mujeres. La vida religiosa femenina es aún en ese momento muy conventual. Ya sea por imposibilidades y prejuicios de la época, o porque la Iglesia no se veía preparada para ello, pasarán siglos hasta que las congregaciones femeninas salgan a las calles con la misma fuerza e ímpetu apostólico que las masculinas. La insistencia de Isabel en incorporarse a la Compañía haciendo votos incomoda a Ignacio, que comprende que en ese contexto no es posible. Intenta disuadirla. Por un tiempo la consigue mantener ocupada y serena. Ella se implica especialmente en la obra de Santa Marta, con verdadera dedicación y su apoyo

resulta providencial. Pero finalmente no acepta más largas, mueve todas sus influencias en la corte española —no pocas en una mujer bastante acaudalada y bien relacionada— y consigue que el Papa obligue a Ignacio a admitirla.

En la Navidad de 1545, ante Ignacio, hacen los votos Isabel Rosel, Francisca Cruyllas y Lucrecia de Bradine. Durante meses su presencia será un quebradero de cabeza. ¿Es una rama femenina de la orden? No. En realidad lo que Isabel tiene es una dependencia de Ignacio enorme. Y se convierte en su sombra. Se inmiscuye en mil asuntos. Está acostumbrada a mandar. No hay mucho que hacer con ella. Interfiere en la vida cotidiana de la comunidad, agobia a Ignacio reclamando una atención que desborda las posibilidades del buen general, y no atiende a obediencias ni propuestas. Finalmente, Ignacio acude al Papa. ¿Cómo sería su conversación? No sabemos en qué términos plantearía la dificultad, pero a su término el Pontífice le autoriza a dispensar a las tres de sus votos y despedirlas. Costará Dios y ayuda convencer a la recalcitrante barcelonesa. Cuando el Padre Nadal, el 1 de octubre de 1546, le lee la carta de dimisión, la dama pone el grito en el cielo. Brama contra la ingratitud de Ignacio. Incluso lo acusa de haberle sacado una fortuna para la Compañía. Como suele hacer Ignacio con las acusaciones, la cosa termina en juicio, para que quede todo claro. Y en el juicio se ve que en cuestión financiera la Compañía no debe nada a Rosel. Finalmente la catalana se marcha de Roma despotricando contra el antiguo amigo. A veces ocurre esto. Chocan dos trenes, igualmente *intencionalmente*.

igualmente firmes: la voluntad de la gran señora, acostumbrada a mandar, y la autoridad del peregrino que no cede cuando está en juego lo que siente que es su deber. Y como resultado del choque hay heridas, reproches y dolor... Sin embargo también son, ambos, gente buena. Más de veinte años de encuentro, de amistad y de acompañamiento no se tiran por la borda. Cuando ya esté en Barcelona, y consagrada como franciscana, Isabel escribe a Ignacio una misiva cercana, en buena medida conmovedora, reconociendo su error, agradeciendo todo lo que él ha hecho siempre por ella, restableciendo los lazos.

El Padre Nadal, el que tiene que pasar el incómodo trago de notificar a la catalana la carta de despido es otro de los nuevos compañeros. Se conocían de París, y allí el mallorquín se había resistido a los intentos de Ignacio para que hiciese los ejercicios, sospechando que tras ellos hubiese algo peligroso. Sin embargo le han cautivado las cartas de Javier. Y es él ahora quien viene a Roma, hace los ejercicios y se incorpora a la Compañía a principios de 1546. Será desde muy pronto uno de los grandes apoyos de Ignacio.

Algunos compañeros están a punto de ser nombrados obispos. Ignacio insiste en plantar cara a esa medida y remueve cielo y tierra para impedir esas designaciones. Incluso con voto, los jesuitas se negarán a la aceptación de cargos eclesiásticos. No quiere que se imponga en la Compañía el espíritu de arribismo y búsqueda de títulos y prebendas que percibe por doquier en una Iglesia demasiado mundana. Peleará como un león cada vez

que surja esa posibilidad en los años venideros. Una y otra vez. La autoridad de los suyos ha de radicarse en la coherencia y autenticidad de su vida, y no en los cargos y pompas.

A todo esto, el Papa ha convocado, por fin, el Concilio esperado para la reforma de la Iglesia. Se celebrará en la ciudad de Trento y pide a Ignacio que destine a alguno de sus hombres para que vayan como asesores teológicos. Es una responsabilidad grande. Habrá quien diga, en el futuro, que Ignacio fundó la Compañía de Jesús para luchar contra la Reforma protestante. Esa lectura de las cosas es engañosa. En realidad será después, gracias en parte al papel que van a desempeñar sus teólogos en Trento, cuando se identifique a los jesuitas con la Contrarreforma católica. Pero eso no está aún en la mente de Ignacio ni de los primeros compañeros cuando pergeñan la orden. Su inquietud al crearla no es doctrinal, sino mucho más pastoral. La Compañía ha nacido para servir a la Iglesia. Y, en todo caso, para colaborar con una reforma interior más que necesaria. Luchar contra luteranos, calvinistas o anglicanos no es su prioridad, y sólo a lo largo de los años se va a ir dando cuenta Ignacio del alcance de la reforma protestante en el norte de Europa. De nuevo será el curso de los acontecimientos el que determine el rumbo de esta Compañía naciente.

En todo caso decide enviar a sus mejores hombres a Trento. Fabro, Laínez y Salmerón son los elegidos. Es una gran alegría para Ignacio llamar al fin a Fabro a Roma. El 17 de julio de 1546, tras ocho años de incansable apostolado que le ha llevado por toda Europa, el

saboyano regresa a la casa madre. Podemos imaginar el encuentro. Días de informaciones sobre la misión desempeñada y sobre los retos venideros, y también de tertulia más personal y distendida, intentando hacer una pausa en medio de la actividad frenética. Seguramente alguna conversación tras la cena, en la cámara de Ignacio, y puede que incluso algún paseo por la ribera del Tíber, en esa hora del atardecer en que el sofocante calor del verano da una tregua a los romanos. Quizá es Fabro, informado a su vez por el holandés Pedro Canisio, el que le cuenta a Ignacio que en Alemania comienzan a hablar de ellos como «jesuitas». Un nombre que llena de satisfacción al general, pues remite a quien es el verdadero pilar y compañero primero de todos ellos, ese Jesús pobre y humilde. ¿Recordarían a Javier, lejano y también añorado? ¿Hablarían de los años de Santa Bárbara, y del crecimiento de la Compañía del que van siendo testigos y protagonistas desde perspectivas bien diferentes? Quizá volvieran a encontrar aquella familiaridad para hablar de las cosas de Dios con que a veces se distraían en tiempo de estudios.

Sin embargo, al cabo de ocho días Fabro cae enfermo. Unas fiebres tercianas le derrumban. Su cuerpo, agotado, no es capaz de resistir y el 1 de agosto fallece. Ignacio siente una mezcla de alegría por la vida completada, por el encuentro definitivo del amigo con el Padre —de ello no duda...— y también experimenta una punzada de nostalgia serena por la pérdida, por el «hasta pronto». Sólo Laínez y Salmerón partirán a Trento.

No hay mucho tiempo para duelos en la ajetreada vida de Ignacio. Mientras unos se van, otros llegan. El duque de Gandía, Francisco de Borja, habiendo enviudado y tras hacer los ejercicios espirituales, ha solicitado entrar en la Compañía de Jesús. Por el momento, y dado el revuelo que causaría su decisión y la imposibilidad de abandonar sus responsabilidades políticas, Ignacio le admite en secreto. La influencia de un personaje tan poderoso también tiene sus ventajas. Es Borja el que pide al Papa que revise y apruebe oficialmente el libro de los *Ejercicios Espirituales*. En 1548 Pablo III lo declara válido y recomendable, con la bula *Mira approbatio*.

A medida que pasan los años no sólo cambian las personas. También van aterrizando los proyectos. Ya en 1546 han sido establecidos en la Compañía los coadjutores espirituales —sacerdotes cuya consagración no incluye el cuarto voto de obediencia al Papa, sino que ayudan, desde otro carisma, a la misión de la Compañía— y los coadjutores temporales —que serán más conocidos como hermanos jesuitas—. Es decir, que la tarea se va diversificando y para ello se van buscando fórmulas de pertenencia diferentes y con distintos itinerarios formativos.

Los colegios, que no se contaban entre las labores contempladas por los primeros compañeros, se convierten sin embargo, respaldados por Laínez, que desde pronto los ve muy eficaces, en una de las plataformas apostólicas más notables. Aunque al principio se fundan para educar a los candidatos a la Compañía, pronto se

admite también a otros jóvenes. Ya en Gandía, desde 1542, se educan hijos de las familias más nobles en los colegios donde se preparan los aspirantes a la Compañía de Jesús. Y en 1548, en Messina, se fundará el primer colegio de la Compañía dedicado a la educación de los no jesuitas –no a la formación interna–. Será el primero de una red inmensa que muy pronto se extenderá por todo el mundo. Una nueva sorpresa para Ignacio, que medita largamente sobre el curso de los acontecimientos. Él, que pensara en su momento en una vida itinerante, casi nómada de los suyos, siempre en marcha de un lugar a otro, se encuentra sin embargo con que se impone la evidencia de una fecundidad apostólica incuestionable en estos colegios. Una vez más, se deja llevar por lo que ocurre y responde con notable flexibilidad y capacidad de adaptación.

Ignacio toma nota de todas las novedades, cambios, matices y retos nuevos que se plantean y trata de plasmarlos en las constituciones que, entre tanta actividad, sigue redactando muy despacio. Ya en 1545 ha promulgado una primera versión en 49 artículos, pero necesita el rodaje que da la experiencia para tratar de hacer una redacción definitiva. Y lo intenta. Pero desde la muerte de Coduri carga solo con esa labor, que requiere de él infinita paciencia. A veces le pesa. Su salud no es buena. Y su tarea en tantos frentes impide que el trabajo avance. Muy lentamente va desgranando en diversos capítulos aspectos referidos a la admisión de los nuevos, a su despedida cuando no cuajan, a la formación, la misión, la forma de gobierno...

En 1547 le hablan de las dotes de un joven jesuita

burgalés, metódico y de talento agudo, que le puede ayudar. Su nombre es Juan de Polanco. Ignacio recuerda haberle admitido años atrás en la Compañía y haberle mandado a estudiar a Padua. Le llama a Roma y le nombra secretario. Su colaboración resultará inestimable. Se encuentra Ignacio con un hombre que le comprende bien, y al que descubre empapado de su misma espiritualidad. A veces se sorprende por la capacidad intuitiva del otro, que parece leerle el pensamiento. Basta que le exprese dos o tres ideas y pronto llega Polanco con un párrafo formulado como el propio Ignacio lo hubiera hecho. Ignacio entonces sólo tiene que sugerir algunos retoques cuando lo ve necesario. Otras veces es el burgalés el que, ante determinadas propuestas, pide aclaraciones, plantea objeciones o apunta posibles contradicciones. Además realiza una tarea de selección de aspectos extraídos de las fórmulas de congregaciones anteriores que puedan ser una guía en el trabajo. Así, impulsado por este trabajo en el que ambos se complementan, el documento comienza a avanzar, acercándose a su estructura definitiva.

## **La nostalgia de otra vida**

Entre 1550 y 1551 van a suceder muchas cosas de golpe. Pablo III muere a finales de 1549. Su sucesor era Giovanni Maria Crocci del Monte, elegido en febrero de 1550 con el nombre de Julio III. Ignacio respira tranquilo cuando le llega la noticia de la elección. El nuevo Pontífice es un hombre al que conoce, y contra

en que respaldará la consolidación de la Compañía, necesitada aún de algunas confirmaciones cruciales.

Efectivamente, Julio III va a ser un gran apoyo. El 21 de julio de 1550 confirma con una nueva bula, *Exposcit debitum*, las concesiones de su predecesor a la Compañía, y aprueba una nueva Fórmula del Instituto, un nuevo documento marco en el que, manteniendo lo esencial de la fórmula aprobada por Pablo III, se incluyen las novedades y cambios que han sido hechos en este tiempo.

Ignacio y Polanco dan por concluido el primer borrador de las constituciones. Ignacio decide llamar a Roma a los primeros compañeros que puedan llegar, y a algunos de los hombres en quienes más confía, para que puedan ver el manuscrito, plantear reservas, sugerir cambios, añadidos y propuestas que lo enriquezcan desde la práctica.

A la vez comienza a fraguar un plan largo tiempo acariciado. Lleva diez años de generalato. Siente nostalgia por otra vida más sencilla. Durante este tiempo, desde que se hiciera con el timón de la Compañía, ha tenido tres objetivos que intuía fundamentales en su labor: la aprobación definitiva de la Compañía, la bendición papal para los *Ejercicios* y la redacción de las constituciones. Los tres objetivos están prácticamente cumplidos. Y por eso, siente que ha llegado el momento de retirarse de esta primera línea de actividad, de dejar que sea otro, más joven y más fuerte, quien asuma el peso. Sólo ha salido de Roma dos veces desde que asumiera el generalato. En septiembre de 1545, para tratar con el papa en Montefiascone la introducción de

la Inquisición en Portugal y evitar que se encomendase a la Compañía. Y otra vez en 1548 para solucionar un pleito en Tívoli. Es apenas un suspiro para el viajero infatigable que a veces añora la riqueza despojada del que vive en marcha y la soledad tan llena de su etapa peregrina. Su vida transcurre en las calles de Roma y, sobre todo, entre la capilla donde celebra la Eucaristía, el cuartito en el que escribe encorvado sobre su escritorio de madera, su dormitorio anexo y el pequeño comedor también vecino donde recibe a tantas gentes que vienen a tratar con él. ¿Le pesa, tal vez, ese enclaustramiento, ese horizonte pequeño, aunque a él se asome el mundo entero? Tiene casi sesenta años y una salud precaria. Se sueña lejos, de nuevo en los caminos, de nuevo apóstol pobre. ¿Tal vez le querrá enviar su sucesor a Tierra Santa, para terminar allí sus días, caminante al fin en las huellas del galileo? ¿Tal vez vaya a morir a las Indias, a reencontrar al amigo lejano? Reza y en su oración le pide al Señor luz en este momento.

Toma una decisión. Escribe una carta diferente a las que salen cada día de su pequeño escritorio de madera. No hay en ella instrucciones ni destinos. No hay informaciones ni consejos. Sólo una propuesta. Es muy personal y va dirigida a los compañeros. Les habla de su limitación, de su sentimiento de incapacidad e inadecuación para el cargo que desempeña. Les insiste en la paz con la que toma esta decisión, y concluye con una declaración y una súplica. Presenta su renuncia y les ruega que la acepten, que elijan a otro que, en su lugar, pueda continuar la tarea de gobierno. El 31 de enero de 1551 les hace llegar la carta.

Vano intento. Sólo uno de los que reciben la carta, el P. Oviedo, duda y parece comprender las razones de Ignacio. El resto, uno tras otro, dan su veredicto inapelable. No puede haber más general que Ignacio mientras este siga con vida. Le consideran imprescindible, y no contemplan otro liderazgo que el suyo. Hasta Laínez, viejo compañero, comparte la decisión. Ni siquiera los más cercanos, los que más le pueden conocer, muestran flexibilidad. Comprenden los argumentos del líder, pero miran a la realidad amplia de la orden, y no ven otra alternativa. Ignacio calla. No se resiste. Ya cuando fue elegido una década atrás tuvo que aceptar que en la voluntad de los otros se expresa a veces el mandato de Dios. Esta vez no porfía ni les pide que lo vuelvan a pensar. Deja que sus negativas resuenen en su interior. Y en silencio eleva al cielo la oración que lleva en el corazón: «...disponed, Señor, a toda vuestra voluntad». Les agradece con palabras sencillas la atención, y vuelve a su cámara.

Si alguien le viese recorrer el pasillo hoy tal vez diría que le pesa un poco más la vida, que camina más despacio y ha envejecido de golpe, que sube los escalones con una tristeza difícil, y sus ojos no brillan con la intensidad de siempre. Resuenan en su corazón aquellas palabras: «Yo os seré propicio en Roma». Roma, esta Roma que para él se ha convertido en su destino y —ahora lo entiende— será también su casa hasta el final. «Tomad, Señor, y recibid...».

## En la brecha hasta el final

Esto es lo que le queda a Ignacio. Seguir adelante. Remar. Incluso cuando las olas que zarandean la barca van a ir siendo altas y fuertes, y él se va viendo cada vez más débil. Pero la fuerza se realiza en la debilidad, y eso bien lo sabe él. No desfallece. Al tiempo que se va gastando, va alcanzando una hondura cada vez mayor y la sensación de permanecer en la presencia constante y fuerte de Dios. Esa es la clave de su dinamismo. Porque podría uno pensar que, defraudado por su inútil intento de renuncia, va a disminuir su ímpetu apostólico, su inquietud por tratar los asuntos de la Compañía o su dedicación a las personas. Nada de eso. Sigue el lobo de Loyola en pie, firme, dispuesto. Y de hecho, los cinco años venideros van a ser tiempo de incesante labor. Y en un contexto donde van multiplicándose las iniciativas, y con ellas los problemas.

No pierde de vista el contexto europeo. Con creciente preocupación advierte el peso y la extensión de la reforma protestante en el norte de Europa, algo de lo que hasta ahora había sido menos consciente. La importancia de los colegios y la educación como forma de contener esa marea le resulta cada vez más evidente. También le preocupa la pugna entre la cristiandad y los turcos en el Mediterráneo, y, recordando sus tiempos de corte y milicia, hasta pergeñará planes para decantar ese conflicto a favor de los cristianos.

En 1551 consigue culminar un proyecto largamente acariciado. Se levanta en Roma el Colegio Romano para la formación de los escolares jesuitas, que más tarde se

convertirá en Universidad Gregoriana. Sin embargo, en unos años el proyecto, que surgiera con el apoyo financiero de Francisco de Borja, se va a convertir en un quebradero de cabeza para Ignacio, necesitado de recursos con los que dotarlo de estabilidad. Especialmente porque una vez hecha pública la entrada del duque de Gandía en la Compañía, sus herederos se desentienden de los compromisos adquiridos por él. Sin embargo la dificultad no le arredra. Al contrario, al año siguiente levantará el Colegio Germánico para la formación del clero católico para los países protestantes. También esta obra se la encargará el Papa a la Compañía. E igualmente se convertirá para Ignacio en objetivo prioritario el sacarla adelante pese a las carencias materiales para dotarla bien. Cuando, más adelante, el apoyo económico del Pontífice no termine de consolidarse para ambos colegios, Ignacio y los suyos tendrán que hacer equilibrios y mover cielo y tierra para conseguir donaciones con las que sostener obras de esa envergadura. Sin embargo, su convicción de que se trata de una obra necesaria se impone.

En 1552 se termina la revisión y la versión última de las constituciones. Aun a la espera de enviarlas al Papa para que las revise, Ignacio encarga a Nadal, que recientemente ha hecho sus votos definitivos en la Compañía, la misión de darlas a conocer y promulgarlas en Italia, España y Portugal.

Más personal será el problema con Simón Rodrigues. El portugués lleva años siendo causa de malestar. La provincia portuguesa, que ha dirigido en sus primeros años

de existencia, ha sido fuente de constantes contradicciones. Por una parte exhiben una piedad muy visible, pero por otra, bastantes jesuitas lusos manifiestan una relajación notable en lo tocante a la obediencia. En parte porque el propio Rodrigues vive con cierta ambigüedad esa dimensión de su vida. Cuando llegan a la provincia jesuitas portugueses formados por Ignacio en Roma, el choque entre unos y otros generará enormes tensiones. Destina entonces a Rodrigues a Aragón, pero el portugués se las arregla para retornar a Lisboa. Finalmente le llama a Roma. Ignacio le da vueltas una y otra vez a la situación. Con cualquier otro ya hubiese tomado una decisión drástica. No le tiembla la mano cuando tiene que firmar la expulsión de otros que muestran no estar preparados para esta vida. De nada sirve retener a quien sólo va a vivir a disgusto. Procura hacerlo siempre con delicadeza y cuidado, tratando de que salgan en paz. Pero, ¿expulsar a uno de los primeros compañeros? ¿A alguien con quien ha compartido aquellos años de sueños y espera? Cuando piensa en Simón recuerda el momento, en Santa Bárbara, en que el portugués le abriese su corazón melancólico. Y le vienen también a la memoria tantas escenas de años posteriores, aquel tiempo en Bassano, en que fue a verle en medio de su enfermedad... Ignacio no es un sentimental atado por los recuerdos. Pero de alguna forma, conociendo su propia fragilidad, entiende también la de los otros. Y comprende que para crear la Compañía Dios unió a un grupo muy particular. ¿Cómo va él a expulsar a uno de ellos? Hay presiones de muchos que insisten en que es lo que hay que hacer. Le llegan ecos y cartas.

Sólo la amenaza de estar llegando a una situación límite impulsa a Rodrigues a ponerse en camino, abandonar la corte portuguesa donde se siente tan protegido y venir al encuentro del general y amigo. Hablan, presumiblemente discuten... Finalmente no llega la sangre al río, y Simón acepta con bastantes reticencias las decisiones tomadas por Ignacio, que por el momento le ordena quedarse en Italia y le prohíbe expresamente volver a Portugal. Durante muchos meses intercambiarán una correspondencia difícil, hasta que dos años después, en 1555 llegue la reconciliación plena, con un reconocimiento humilde y agradecido por parte de Simón de cuanto ha recibido de Ignacio. Otra vez ha acertado en la espera.

Y si uno de los compañeros le da disgustos, espera poder ver a otro que le dará alegrías. En junio de 1553 escribe por fin a Javier una carta largamente esperada por ambos. Le llama a Roma para que dé cuenta personalmente de la marcha de la Compañía en la India. En su última misiva, el 9 de abril anterior, también Francisco sugería que tal vez, por obediencia, pudiera el general hacerle volver. Son héroes humanos, y tan necesitados del apoyo y el reconocimiento del amigo... Poder juntarse como algo requerido por la misión es una oportunidad que para Ignacio es también un regalo personal. No sabe cuando escribe estas letras que Javier ha muerto seis meses atrás en la isla de Sanción, a punto de entrar en la China continental. La noticia tardará dos años en llegarle a Ignacio. Otra despedida. Otro adiós. Otro compañero que termina su camino antes que él.

Una consecuencia de la crisis portuguesa ha sido la llegada a Roma, para dar cuenta de la situación, de un portugués cordial, el Padre Cámara, que causa grata impresión en Ignacio. Tanto es así que le hace ministro –encargado de todos los asuntos domésticos– de la casa, en la que se quedará casi dos años. Se convertirá en un personaje importante en esta historia. Nadal lleva tiempo insistiéndole a Ignacio para que dicte su biografía. Ignacio se resiste. ¿Qué sentido tendría? El mallorquín está convencido de que la propia vida de Ignacio ayudará a muchos a entender mejor los ejercicios y las constituciones. Sabe que, en buena medida, la Compañía se va configurando a imagen de su fundador. Y es testigo, en sus viajes por Europa dando a conocer las constituciones, de la avidez con que jóvenes jesuitas quieren conocer la figura de Ignacio de Loyola. La gran mayoría de los jesuitas no le conocen más que de oídas y, sin embargo, la Compañía ha nacido como una prolongación de su historia. Es importante que conozcan bien esa vida, ese itinerario, ese camino. Pero Ignacio no lo ve tan claro. ¿No ha insistido siempre en que la Compañía es de Jesús, no de Ignacio? No quiere que la gente le mire a él, sino al Señor del evangelio. Él, que en su momento ocultase su nombre y fuese únicamente un peregrino anónimo, ¿ha de exponer ahora toda su vida al escrutinio de los otros? ¿Y quién es él para presentarse como modelo? Si algo ha hecho ha sido gracias a Dios, y a pesar de su flaqueza. Pero, ¿cómo puede conseguir que lo comprendan? Le cuesta ceder en esto.

Pero, por otra parte, piensa en algunos momentos que tal vez Nadal tenga razón. Quizá sea útil contar

algo. Ya el tiempo dirá si merece la pena o no. Pero no para que le admiren. Al contrario. Que sepan de sus flaquezas y la historia de Dios en él. Después de todo, ya otras veces ha experimentado que cuando habla con algún otro acerca de sus propias limitaciones y luchas también trae esperanza, pues, ¿quién no se siente muchas veces miserable e incapaz? ¿Y no es Dios el que hace el milagro en las historias? Eso podría contar.

Así que un día, conversando en la comida, deja una puerta abierta a la esperanza de los suyos. Afirma que lo hará, que contará su vida a Cámara. Puede que se arrepienta a menudo en los meses venideros de haber cedido, pero a esa promesa se aferrarán para exigirle que la cumpla. ¿Por qué eligió a Cámara? ¿Por qué no al fiel Polanco o al porfiado Nadal, que llevaban años insistiéndole? ¿Qué encontró en ese pequeño portugués que le invitase a confiar? Tal vez una inteligencia despierta, una familiaridad grande... O quizá son los misterios de nuestro carácter, que encuentran afinidades inesperadas.

Entre 1553 y 1555, en varios períodos, irá Ignacio relatando su vida al portugués. En tercera persona, hablando de sí como el peregrino, tratando de no ocultar nada. No imagina que en el futuro, tal vez asustado por la humanidad frágil y pecadora que traslucen las primeras páginas, otro general mandará eliminar los episodios menos edificantes. Hay quien cree que el santo es perfecto, y olvida que la flaqueza y la fuerza van tan de la mano en cada uno de nosotros... Ignacio narra, paseando con su confidente, y en esos tranquilos encuentros se va desgranando su historia,

que más tarde, en su cuarto, Cámara escribe tratando de ser absolutamente fiel a lo escuchado. El portugués, además, en su vida cotidiana, toma notas para otro documento. Un retrato de la vida doméstica del general. Quiere captar su carácter, sus formas de actuar, de comportarse, de comer, de formar a los suyos. Cámara admira a Ignacio. Quiere transmitir lo que conoce. Y lo hace. Se encuentra con un personaje serio pero tierno, exigente y disciplinado, pero enormemente humano. Y de ello dejará constancia años después, cuando complete su memorial sobre Ignacio.

Ignacio tiene un carácter sorprendente, que durante este tiempo de generalato se deja ver, dado que está constantemente expuesto al escrutinio de los otros. Es duro, especialmente con aquellos a quienes más aprecia o de quienes espera que han de dar más fruto. Para templarlos en un fuego que los haga recios. A veces hasta el extremo. Es difícil en sus reacciones, sobre todo cuando algo le parece inadecuado o impropio de los suyos. Láinez, Nadal o el propio Cámara tienen que sufrir a menudo su censura severa. Pero, curiosamente, son los primeros en comprender que la dureza no está reñida con un profundo aprecio y una inagotable paciencia. Que Ignacio es, ante todo, maestro, y como tal trata a la gente. También es verdad que tiene sus manías y sus obsesiones, y a veces el trato no es fácil, pero, ¿quién no tiene algunas asperezas y limitaciones? De nuevo nos encontramos con el ser humano, imperfecto, real, afectivo y áspero, cariñoso y exigente, ponderado aunque a veces excesivo. Y sigue siendo esa humanidad real la que nos permite aprender del otro, de Ignacio en este caso...

En 1554 nombra a Nadal Vicario General de la Compañía. ¿Intuye ya que se acaban sus fuerzas? Es un año malo para él. A los problemas habituales se une la condena de la Sorbona a la Compañía de Jesús. Por más que ha intentado instaurar la Compañía en París, la ciudad del Sena se muestra inexpugnable. La prestigiosa universidad, muy respetada por Ignacio, se muestra muy crítica con el tipo de vida religiosa que propone la orden. De nuevo tendrá que poner en juego todas sus dotes diplomáticas para tratar de fundir esos recelos y prejuicios. Y tiene todas las de ganar, pues con todas las bendiciones pontificias podría conseguir una reprobación del decreto parisino. Pero no quiere un enfrentamiento directo. Incluso aunque altas autoridades eclesiales le den la razón. No quiere silenciarles, sino convencerles. Que vean lo que verdaderamente es la Compañía. El conflicto coleará durante lo que le queda de vida.

Su salud no acompaña tampoco. Ese invierno pasa en cama, enfermo, muchas semanas. Aún tiene bríos para seguir gobernando desde ahí.

1555 empieza mejor. Más fuerte, escribe incontables cartas tratando de ponerse al día de los asuntos pendientes. En marzo muere Julio III, que había sido bastante favorable a la Compañía. Otro motivo de preocupación. Todavía no están aprobadas oficialmente las constituciones, y quedan otros muchos asuntos pendientes en los que es necesario contar con el respaldo papal. ¿Quién será el nuevo Pontífice? El elegido, el cardenal Cervini, que sube al solio pontificio con el nombre de Marcelo II. Una buena noticia para Ignacio,

ya que es otro de los hombres que mira con agrado a la Compañía. Han sido amigos durante años, y cree encontrar en el nuevo Papa al mejor de los candidatos posibles, el hombre que mejor comprende la espiritualidad de los ejercicios. Sin embargo no hay tiempo para comprobar su favor, pues muere a los veintidós días de su elección. Vuelta a esperar. Un nuevo cónclave, y el elegido esta vez es quien más podía inquietar a Ignacio: Juan Pedro Carafa. El cardenal teatino. Su viejo rival de Venecia es ahora Pablo IV. Cuando llega la noticia a su cámara palidece. Lívido, se va a rezar. Al fin se impone su confianza en la forma de actuar de la Providencia. Recupera bien pronto la calma. Dios proveerá.

Efectivamente, la perspectiva cambia a los hombres. Tal vez desde el solio pontificio la obra de la Compañía se ve diferente. Pablo IV se va a mostrar discretamente distante. Recibe en audiencia a Ignacio, y juntos caminan por los jardines del palacio, conversando acerca de los retos que afrontan, silenciando sus diferencias pasadas. Han aprendido a respetarse. El apoyo del Pontífice a la Compañía será relativo. No va a financiar los colegios, y ello generará problemas, pero tampoco la suprimirá, como pudiera temer Ignacio en sus peores pesadillas. Otra tormenta que no llega a convertirse en huracán.

### El fin del peregrinaje

Y así se han ido gastando sus fuerzas. Sale poco. Lejos quedan los tiempos en que compaginara la febril acti-

vidad de gobierno con un incesante apostolado en la misma Roma. A veces añora sus lecciones de catecismo, y sus paseos por la ciudad cuando iba, tras el almuerzo, a visitar a algunos conocidos, continuando con su hábito de conversar con otros sobre las cosas de Dios. Sin embargo, acepta sus limitaciones. Su estómago sigue dándole cada vez más problemas. También su vista está deteriorada. Las frecuentes lágrimas que durante años han acompañado su oración han agotado esos ojos antes incansables.

Las cartas se espacian, y es Polanco el que escribe la mayoría en su nombre. Los compañeros procuran no fatigarle. El peregrino ya no camina con el paso firme y vivaz de antaño. Ya ni siquiera tiene fuerzas para celebrar la Eucaristía, dadas las intensas emociones que le provoca y que le agotan. Se queda a menudo sentado, con la mirada lejana, fija en algún punto de esa vida intensa que se despliega tras él como una ola que ha removido a su paso todo. O sintiendo la abrumadora presencia de ese Dios que ahora le es tan familiar que le parece descubrirlo en momentos y lugares inesperados. Curiosamente, incluso ahora, cuando la debilidad parece irle venciendo, su vida interior, su oración y su apertura a Dios, continúa cada vez más plena, cada vez más alegre, sintiendo más inmediata la presencia de este Señor que le ha acompañado durante toda su vida.

Cuando puede, sigue recibiendo a su mesa jesuitas llegados de lejos, y personajes interesados en tratar con él. Pero ha de espaciar el ritmo de las visitas. El verano romano le afecta mucho. El calor húmedo le hace sufrir. Nadie intuye que está tan grave. Externamente le ven

más cansado, pero es algo que viene ocurriendo periódicamente en los últimos años, y nunca ha dejado de admirarles el coraje de este general, que aún enfermo trabaja y sigue guiando la nave de la Compañía sin que le tiemble el pulso.

Piensen que necesita descanso. Deciden llevarle unos días a la casa de campo que el Colegio Romano tiene en las afueras de Roma, conocida como La Viña. La inquietud por su salud no es tan extrema por el momento. Sin embargo, el 29 de julio deciden volver a Santa María della Strada. Parece que está grave y conviene que le vea un médico. Coincide además que también Laínez está postrado, muy enfermo, y temen por su vida. El médico, ya en Roma, viendo a Ignacio, recomienda que se le haga sudar. Además de la sofocante temperatura, ya de por sí agobiante, le cubren con mantas. Es una receta errada. Lo justo para terminar de consumirlo. Cuando un nuevo galeno lo ve al día siguiente, protesta horrorizado ante semejante tratamiento que se aplica al enfermo. Intentan refrescar la estancia. Pero el daño ya está hecho.

Ignacio se siente mal. Otras veces ha estado así. Pero esta vez es diferente. Percibe que está llegando al final de sus fuerzas. Nunca antes se había sentido de esta manera. Piensa en todo lo que deja. Es verdad que hay muchos cabos sueltos. Sabe que estos hijos suyos tendrán que afrontar muchos problemas y solucionar asuntos pendientes de muy diversa índole. Los conoce bien. Piensa en ellos: Laínez, Nadal, Bobadilla, Borja, Araoz, Rodrigues, Broet... Se mezclan en su cabeza los primeros compañeros con estos otros que hoy van

cobrando relevancia. Intuye tormentas. Pero están preparados para ello. Él sabe desde hace mucho tiempo que no es imprescindible. Son ellos los que necesitan darse cuenta. Tal vez lo mejor sea partir ya. Que ellos tomen las riendas. En manos de Dios está todo.

Ignacio ha gobernado la orden lo mejor que ha sabido, y en estas horas que adivina finales, cuando el dolor le deja pensar, está en paz con lo que deja. Siente llegado el momento de partir y, algo raro en él, que no suele pedir nada para sí, solicita de Polanco con insistencia que vaya a obtener del Papa la bendición para él y para Laínez. El secretario, atareado con la sobrecarga de trabajo que tiene desde que se ocupa de muchas de las tareas que Ignacio ha delegado en él, no cree que sea tan urgente. Irá en cuanto pueda.

La noche llega tarde. La luz rojiza del atardecer romano da paso a una oscuridad atravesada por los rumores de la ciudad que se duerme. Hace tiempo que no se oye ruido cerca de la estancia de Ignacio. Sus compañeros procuran no disturbar su sueño. A ratos se escucha su respiración agitada, y a veces parece murmurar palabras o nombres de antaño.

En su lecho, Ignacio no sabe si vela o si duerme. Desde hace ya horas siente que en su cámara están muchas personas, y con ellos va intercambiando miradas, palabras y gestos. Hebras sueltas, retazos de conversaciones incompletas, sonrisas que hablan sin voz... distingue tantos rostros en esa sombra que le parece ahora más luminosa. Una multitud fantasmal que se apelotona en la pequeña cámara. Don Juan Velázquez, con su serena autoridad y la misma benevolencia de

antaño, parece pasar a despedirse, o tal vez a darle la bienvenida a otro lugar donde ya se le espera. Y con él Martín, el duro Martín, que vuelve a ser joven... ¿o es don Beltrán, su padre? En la imagen se funden ambos, padre y hermano, la sangre que también le llama, le despide y le acoge. Hay algunas mujeres en la estancia... percibe la dulzura de algún rostro que un día amó, y que ahora recuerda con cariño. Esa imagen da paso a otra presencia familiar. Siente en su frente la mano de Magdalena, tratando de refrescar su calor, como en aquellos lejanos días de dolor y conversión. «Gracias», susurra. Y el rostro ahora se confunde, y se convierte en el de Inés Pascual, que también en Manresa le cuidara. Y el pequeño Juan, el chiquillo de ojos grandes le sigue mirando con una sonrisa tímida mientras toma la mano de su madre. Ahora se acerca Isabel Rosel. También la vieja dama se ha materializado en esta pieza, para darle su último adiós. La amiga le besa en la mejilla, y por una vez Ignacio permite la familiaridad. Y no queda resquemor, ni dolor, sino reconocimiento y gratitud.

Las primeras luces del amanecer asoman por la ventana, anunciando otra jornada de calor. El hermano que cuida a Ignacio entra en la estancia. Inmediatamente percibe que algo no marcha bien. Llama a Polanco. «Creo que el Padre Ignacio está agonizando». El secretario siente que el estómago se le encoge, y sale disparado hacia el palacio del Papa. Ahora le golpea la urgencia que ayer no comprendía...

Pero Ignacio nada sabe de todo esto. Él sigue reconociendo rostros y figuras que se acercan y se desvanecen, como en un último baile, con la suavidad de aquellos

pasos galantes que aprendiera en la corte. Aquí está Chanón, su confesor de Montserrat... y vuelve a hacer ademán de persignarse ante aquel monje, y ante tantos otros que le han escuchado y guiado, en Manresa, en París, en Roma... pero todos ellos le dicen que ya no hace falta confesar. No es tiempo para el arrepentimiento, sino para el abrazo. Suspira. Hace mucho calor. Se confunde este calor con la temperatura seca de Jerusalén, y el ventanuco de su cuarto parece ensancharse, y abrirle a los caminos de arena y polvo. Sonidos olvidados resucitan en su memoria. Y es de nuevo peregrino, libre y rico en su desposesión...

En la casa hay cierta confusión. Nadie se atreve a aventurar qué ocurre. El Padre Laínez parece que se encuentra mejor. Sólo ahora parecen haberse percatado de la gravedad de la situación de Ignacio. La preocupación por él se traduce en conversaciones quedas y muchas oraciones. Sobre todo, hay sorpresa. Sabían que estaba mal, pero como tantas otras veces. «¿Saldrá adelante?». «Recemos por él». Todo es muy precipitado. Polanco no termina de llegar.

Ahora Ignacio reconoce a compañeros queridos. El joven Calixto, locuaz y risueño como en sus tiempos de reclusión compartida, le saluda de nuevo. También Hoces y Coduri están ahí. Y Nadal, y Laínez, y Araoz, y Ribadeneira. Pero no el de ahora, maduro y sereno, sino otra vez el adolescente jovial que corregía su italiano y bromeaba con él... Se mezclan en su mente los vivos con los muertos, los de hoy con los de ayer, los que han partido y los que aún esperan... y con todos se siente en paz. Le parece que el grupo de París volviese

a rodear ahora su lecho. Y bromean, con la misma despreocupada alegría de entonces, y hacen planes, y de nuevo están en Montmartre, y en Venecia, y camino de Jerusalén, y de Roma. Ahora reconoce Ignacio a Fabro y a Javier, al lado de su lecho, y le embarga una emoción inmensa. También los amigos más queridos han venido a acompañarle en esta hora final. Y aunque intenta hablar le hacen señal de que no haga esfuerzos. Están de nuevo los tres, como en aquella habitación de Santa Bárbara, una mañana de octubre, plétóricos, llenos de energía... el saboyano tranquilo, el navarro impetuoso, y ahora él, el lobo de Loyola, exhausto, pero feliz. «Ya voy, hermanos». Las lágrimas han empezado a correr por sus mejillas. En un débil murmullo pronuncia sus nombres como una oración.

Y entonces se vuelve a la Presencia que nunca le ha fallado. Ni en las noches oscuras, ni cuando dejaba de verlo. Reconoce ahora al que siempre ha estado con él. El amor de su vida. El que ha llenado sus oraciones y sus desvelos. El que le ha enseñado a mirar el mundo con ojos distintos. El que volvió su vida del revés y la hizo tan plena. Su Dios y Señor de brazos abiertos, que le recibe ya para siempre. Y ya no hay cansancio. Sus pasos le han conducido al final, a ese encuentro definitivo, a este abrazo que ya no terminará. Y al cruzar ese último umbral, con todos esos nombres de su vida en los labios y en el corazón, da gracias a Dios, el que siempre estuvo ahí. Y sonríe, de nuevo peregrino, sabiendo ahora que nunca ha estado solo.